

TSUNAMI

De

GUILLERMO HERAS

PERSONAJES

Ingrid

Hombre

Otro Hombre

Pianista

Néstor

Tao

Otra Mujer

(Una mujer en una habitación absolutamente gris, casi irreal. Las paredes, los pocos muebles, el sillón...todo es de un color gris inquietante. Sentada, con diversos vendajes en el cuerpo una mujer rubia)

Ingrid.- Siempre había soñado con visitar Sumatra. La sola pronunciación de ese nombre me remitía a un paraíso muy lejano. Donde vivo el frío es intenso, los días largos y monótonos y, por eso, estas Navidades decidí gastarme todo el dinero que había ahorrado en hacer realidad mis sueños. En la Agencia de Viajes me recomendaron la provincia de Aceh, desde donde podría moverme para conocer otros paradisíacos lugares de la zona. No lo dudé ni un instante, me hice con mi paquete de vacaciones y esa noche fui a celebrarlo con mis amigas a un restaurante tailandés. Hubo bromas sobre mi suerte y hasta una de mis más cercanas amigas me miró las líneas de la mano para augurarme una fantástica estancia en esos parajes exóticos, donde además iba a tener la suerte de conocer a un nativo maravilloso con el que sostendría un intenso romance. Hoy no sé dónde estoy, todo en mi cabeza es confusión y no recuerdo casi nada. Quizás, aquella madre que corría chillando hacia su familia avisándoles de la furia de la ola que pocos momentos después les engulliría salvajemente. ¿Dónde estaba yo? ¿Cuánto tiempo ha pasado de todo aquello? ¿En qué lugar me encuentro? Sombras, sólo sombras que pasan y luces fugaces de un aeropuerto, una despedida, una maleta llena de trajes de baño, ropa de algodón, gafas para el sol, bronceadores, una máquina de fotos, un hotel lleno de turistas, conversaciones en varias lenguas, una torre de Babel. *(Silencio. Poco después entra un Hombre en la habitación. Viste un traje oscuro)*

Hombre.- ¿Le gusta jugar al ajedrez? (*La mujer no contesta, pero tampoco se extraña de la pregunta del hombre*). Debería distraerse un poco más. Estar inmóvil tanto tiempo no va a facilitarnos las cosas. Cuando salga de esta habitación podrá realizar otro tipo de ejercicios, pero ahora debe hacer solo pequeños esfuerzos.

Ingrid.- ¿Qué día es hoy?

Hombre.- Martes.

Ingrid .- ¿Ha pasado mucho tiempo?

Hombre.- Aún no el suficiente.

Ingrid .- Quiero salir de aquí.

Hombre.- Afuera hace mal tiempo. Estará mucho mejor aquí, resguardada.

Ingrid.- Aquí, ¿qué es aquí?

Hombre.- No se preocupe. Debería enseñarle a jugar al ajedrez. Eso nos haría pasar un rato entretenidos.

Ingrid.- Ya sé jugar al ajedrez.

Hombre.- Entonces podemos echar una partida.

Ingrid.- Siempre me ha aburrido ese juego.

Hombre.- No lo comprendo. Es una forma excelente de fomentar la estrategia y la imaginación.

Ingrid .- ¿Y para qué quiero emplear la estrategia?

Hombre.- Es importante recuperar ciertas partes que se han borrado en su cabeza. Recuerda perfectamente un periodo cercano de su vida, pero otros se han quedado en una cierta nebulosa. Vamos a intentar que todo sea como antes.

Ingrid.- ¿Y si no me gustara que todo fuera como antes?

Hombre.- Entienda que ese no es nuestro problema. Nosotros estamos aquí para ayudarle a ser como siempre fue.

Ingrid.- Pero ¿y si me fui para no ser como siempre fui?

Hombre.- Creo que voy a traerle una de esas revistas llenas de pasatiempos. Crucigramas, sopa de letras....Así podrá estimular sus recuerdos.

Ingrid .- Recuerdo muy bien la gran ola.

Hombre.- Ese es justo un recuerdo que debería borrar.

Ingrid.- Recuerdo a la madre gritando. Era sueca.

Hombre.- Pero tenemos que volver a su infancia, a su adolescencia. Ahí estará la clave de su recuperación.

Ingrid.- Nada hacía presagiar lo que iba a ocurrir.

Hombre.- Insisto, deje de pensar en ese momento.

Ingrid.- El sol lucía espléndido. Íbamos a hacer una excursión, por eso yo no fui a la playa. Tenía todo preparado. Estaba esperando al guía. Era un hombre pequeñito, muy simpático que hablaba en una mezcla de idiomas que mezclaba con una continua cantidad de gestos para hacerse entender. Se llamaba Tao.

Hombre.- Todo eso ya lo tenemos codificado. Es preciso que haga otros esfuerzos.

Ingrid .- ¿Por qué en esta habitación es todo gris?

Hombre.- Cuestión de relax.

Ingrid.- Pero a mí no me relaja. Necesito ver el exterior.

Hombre.- De momento no le conviene.

Ingrid.- ¿Cree que me puede remover malos recuerdos?

Hombre.- No estoy autorizado para dar explicaciones obre ciertos aspectos de nuestra terapia. Créame, usted se va a recuperar. Dentro de poco volverá a trabajar tranquilamente, podrá salir al jardín de su casa, pasear con sus amigos, en fin volver a la normalidad.

Ingrid.- Pero yo quería salir de esa normalidad. ¿Por qué quieren volverme a ella?

Hombre.- Usted quería irse de vacaciones. Necesitaba descansar. Seguramente estaba pasando un periodo de stress, es muy normal con el ritmo de vida que llevamos en nuestras ciudades. Lastima que no eligiera ir a Mallorca.

Ingrid.- ¿Cómo dice?

Hombre.- Perdón, ha sido una imprudencia por mi parte. Me refería a que las aventuras hacia países exóticos siempre conllevan determinados riesgos.

Ingrid.- Malaria, fiebre amarilla, tifoideas.....violaciones por parte de nativos, robo a los turistas, perdida del equipaje. Y aún así cientos de europeos sueñan con las Islas del Caribe, del Índico o del Pacífico. Seguramente estamos todos locos.

Hombre.- Sencillamente le intentaba explicar los riesgos de algunos lugares.

Ingrid.- Seguramente lo que me quiere decir es que en Copenhague, Berlín, Oslo, París, Milán, Londres o Ámsterdam no suceden los cataclismos de estos lejanos lugares.

Hombre.- Es una cuestión de lógica. La naturaleza es diferente.

Ingrid .- Y las condiciones económicas, también.

Hombre.- No es mi misión poner etiquetas a la realidad.

Ingrid .- Muy elegante su reflexión.

Hombre.- Volvamos al principio. Tenemos que penetrar en el laberinto. Ir más allá de sus últimas imágenes para saber donde podemos encontrar el hilo de su pasado.

Ingrid.- ¿Y por qué ese empeño? Ya no tengo interés en saber cual ha sido mi pasado. Ni siquiera me interesa mi futuro.

Hombre.- No puede hablar así. Es muy joven. Tiene que luchar y poner en orden en el caos que ahora le domina.

Ingrid.- Se equivoca, apenas tengo sensaciones. Les he repetido varias veces que sólo recuerdo los días previos a embarcar en el avión, los buenos momentos de los días previos al desastre y la gran ola. Lo demás es como un mapa en blanco. Una gran ciudad, un trabajo vulgar en una oficina, un apartamento pequeño sin ningún jardín en sus alrededores, y poco más.

Hombre.- Cuando la encontraron sólo llevaba unas ropas propias de cualquier periodo vacacional. Ni un pasaporte, ningún documento. La zona del hotel donde se supone que estaba hospedada ha desaparecido prácticamente. Si usted no nos ayuda, difícilmente la podremos devolver a los suyos.

Ingrid.- ¿Y quienes son los míos? ¿Acaso no estaba sola? Puede que no tenga familia, puede que sea uno de tantos seres anónimos de esa ciudad europea que no logro recordar, pero en la que estoy segura vivía antes de mi visita a Sumatra. Si nadie ha preguntado por mí puede que nadie tenga interés por encontrarme.

Hombre.- ¿Sabe cuantas miles de peticiones de búsqueda se han cursado en toda Europa? ¿Sabe cuantos miles de turistas han desaparecido hasta ahora? La magnitud de la catástrofe es enorme. Puede que nunca se sepa el verdadero número de muertos.

Ingrid.- No se puede desafiar a la naturaleza.

Hombre.- Piense que nadie es inocente. Usted misma contribuyó con su viaje de vacaciones a sustentar esa situación que ahora parece criticar. Cierto que se cometen grandes atropellos en esos países. Pero ¿qué sería mejor? ¿Qué se murieran de hambre? ¿Cree usted que estarían dispuestos a renunciar a todo lo que el turismo y la civilización les ha dado en los últimos tiempos? Sinceramente, prefiero unas gentes que no mueran de hambre aunque, a veces, sean utilizadas por turistas poco escrupulosos.

Ingrid .- Conocí a un hombre en el hotel que casi me hablaba como usted. Me dijo que estaba leyendo un libro de un compatriota suyo, un argentino. El título del libro era muy explícito: “Calamidades”. Se me quedaron grabadas sus palabras, como tantas otras cosas de esos días, aunque se me haya olvidado mi nombre, mi país, mi familia.....Lo que aquel hombre me dijo tenía que ver con la producción de las catástrofes. Tal vez tuvo una intuición de lo que iba a ocurrir, aunque lo decía ese día tomando tranquilamente un daiquiri y con un punto de sarcasmo en sus palabras. Al fondo un pianista tocaba un tema que yo había oído cantar a Frank Sinatra y las referencias de aquel argentino se me quedaron dando vueltas durante el tiempo suficiente como para subir a la habitación y escribirlas en mi libro de viajes.

Hombre.- ¿Podría recordar esas palabras?

Ingrid.- Perfectamente. Dijo que la producción de calamidades y catástrofes que siempre aparecen como naturales tienen también otras causas que la propia sociedad actual propicia: las intervenciones humanitarias armadas, la supuesta relevancia moral de la diversidad cultural, el terrorismo estatal, el otro terrorismo y la corrupción.

Hombre.- ¿Usted cree que una simple secretaria podría recordar ese discurso?

Ingrid.- Precisamente. Las secretarias están, estamos, muy preparadas para la memorización de textos de muy diversa índole.

Hombre.- Perdone que insista, su lenguaje siempre me ha parecido de una escala superior. Si lograra hacer luz en su memoria por el lado de cual era su profesión, su empresa, su entorno, quizás daríamos un salto importante para saber quién es usted.

Ingrid.- Ya no me interesa saber quien soy yo. Repito.

Hombre.- Su estado emocional no le permite ser libre.

Ingrid.- Seguramente antes tampoco era libre.

Hombre.- Se obstina en discusiones filosóficas que no son las que aquí más nos importan.

Ingrid.- ¿Y cuales son las que más les importan?

Hombre.- Devolverla a usted a su entorno, a su familia, a sus amigos.

Ingrid .- Entonces estoy en una Institución que práctica la caridad.

Hombre.- No.

Ingrid .- Me sigue molestando este tono gris.

Hombre.-Es un color necesario. Tómelo con paciencia. Aquí no tenemos prisa.

Ingrid.- Me gustaría dormir un rato.

Hombre.- De acuerdo. Seguiremos más tarde.

(El Hombre sale. Ingrid se queda un tiempo fija en algún punto del espacio. Luego cierra los ojos. En ese momento cambia el espacio gris que ha dominado hasta entonces y aparece lo que sería el salón/ bar de un típico hotel de turistas del sudeste asiático. Al fondo se oye un piano que toca "My way". Ingrid se incorpora desde su asiento a la conversación que sostiene un grupo de turistas. El que lleva la voz cantante ahora es Néstor, un argentino que lleva un daiquiri en la mano.

Néstor.- Che, todo esto es una gran mascarada. Mi país es como un gran carnaval. Todos llevamos caretas. Mirá, acá la miseria no se esconde, allá los nenes se mueren de hambre mientras se negocia con el Fondo Monetario Internacional, acá se hacen resorts para que la gente que tiene guita al menos se la gaste, allá nos perdemos en hablar de dignidad pero no tenemos huevos para explotar nuestros recursos. Nos basta con robar a manos llenas y abrir cuentas en el extranjero. Pero, eso sí tenemos talentos en todo el mundo. Como ese profesor de la Universidad de Maguncia que acaba de sacar un libro que estoy leyendo, quizás para quitarme la mala conciencia de haberme fundido los pesos que me dieron por una herencia de un familiar lejano. Se

llama “Calamidades” y hay una parte que cuando miro la exuberancia de esta vegetación me hace pensar en sus posibles venganzas. Claro que la naturaleza no es nada sin las catástrofes que nosotros mismos provocamos.

Una mujer.- No me parece oportuno hablar de ciertas cosas. Estamos aquí en viaje de placer.

Otro Hombre.- Cállate. Ya has tenido bastante con tu ración de sol esta mañana. Vas a parecer un cangrejo. Deja al señor que diga lo que le de la gana.

Ingrid .- A mí me interesa lo que estaba diciendo.

Néstor.- No todo tiene que ser joda, ¿verdad? En honor de esta mina tan guapa acabaré con los cinco casos que mi compatriota estima como catástrofes impulsadas por ese sarcasmo llamado “homo sapiens”. Un brindis por la lucidez. Las calamidades impulsadas por la sociedad serían: las intervenciones humanitarias armadas, la supuesta relevancia moral de la diversidad cultural, el terrorismo estatal, el otro terrorismo y la corrupción.

Una mujer.- No he entendido nada.

Néstor .- Ni falta que le hace, señora. Vos disfrutá de este sol, de ese mar y este clima que seguro que en su país no existen.

Ingrid .- Desde que llegué aquí no he hecho más que hacerme preguntas. No me parece que sean fáciles las respuestas, pero sospecho que su compatriota tiene bastante razón cuando nos sitúa ante realidades que normalmente no queremos ver.

Néstor.- Exacto. Las escondemos entre tragos de daiquiri y paisajes tropicales.

Otro hombre.- Pero nosotros en Nueva York también tuvimos una catástrofe. Ese maldito ataque de los terroristas del Islam acabó con

muchas vidas. No es justo que se hable de “terrorismo de estado”. Lo que hace el estado es defenderse del terrorismo.

Néstor.- Por tanto, vos sos partidario de la guerra preventiva.

Otro hombre.- Por supuesto. El mundo sólo será más seguro cuando esos iluminados criminales sientan verdaderamente miedo.

Néstor.- ¿Y así cree que dejarán de cometer atentados? Vos sos pura ingenuidad. He viajado por muchos países, he conocido muchas razas, religiones, creencias. Se mata a veces por ellas, pero sobre todo se mata cuando hay mucha pobreza. El hambre es una terrible arma cuando se la sabe manipular.

Una mujer.- Usted, señor, es un cínico.

Néstor.- No lo dude. Pero al menos no me gusta engañarme a mí mismo.

Otro hombre.- Creo que me voy a la piscina. Me desagradan profundamente sus ideas. En mi país somos patriotas, tenemos ideales y siempre luchamos por causas justas.

Néstor.- Me recuerda a Jhon Wayne. Pero por suerte también tienen a Michael Moore.

Una mujer.- No soporto más insultos. Vámonos, Perry, sabes que luego te sube la tensión.

Otro hombre.- Con gentuza como esta de nada sirve el control.

Néstor .- Si les parece bien seré yo el que desaparezca antes de que llegue el Séptimo de Caballería.

Ingrid .- Deje que se vayan. Quédese un rato más.

Néstor.- ¡Vaya! Por fin una criatura inteligente.

Ingrid .- Sólo curiosa.

Néstor.- ¿A qué ha venido a este confín del mundo? ¿Solo de vacaciones?

Ingrid .- Para la gente de mi país es todo un sueño. Huir del frío del invierno, encontrar la luz que allí nos falta,

Néstor.- Y a veces encontrar a un lugareño agraciado que nos haga un favor.

Ingrid.- Nunca he pensado en eso.

Néstor.- Pues vos serás un alma pura. ¿No ha visto el trasiego de cuerpos que cada noche pululan por los bungalows? ¿No le ha sorprendido el número de hombres y mujeres solas que vienen a estos sitios?

Ingrid.- He leído sobre eso, pero cada día acabo demasiado cansada como para preocuparme de lo que ocurre a mí alrededor.

Néstor.- Mirá no me hagás mucho caso. Estoy un poco podrido de este viaje. No quería hacerlo. Ahora debería estar en Puerto Madryn, ya no quedan ballenas y todo tiene una extraña calma.

Ingrid.-¿Dónde está Puerto Madryn?

Néstor.- Allá, en la Patagonia argentina. Un mundo mágico. Cuando se oye el canto de las ballenas parecés estar en otro mundo.

Ingrid.- ¿Y por que se ha venido hasta Sumatra?

Néstor.- Siguiendo a una estúpida danesa. La conocí en un boliche de San Telmo y me dejé enredar con sus fantasías sobre esta zona. Ella tiene mucha guita y me invitó. Soy una especie de porta equipajes, semi semental a las horas que la señora decide que cumpla ese papel y traductor la mayor parte de las veces. Lo que creí que fue una conquista ha sido en realidad una transa. Es lo malo que tenemos los argentinos, Tendemos a la melancolía y a la fantasía. Por eso me engaño diciendo que ando por ahí gastando una herencia familiar

Ingrid.- ¿Y por qué no deja a esa mujer?

Néstor.- Por que no tengo plata para volver. De aquí quiere que vayamos a Tailandia. Quiere experimentar los placeres de sus míticos

masajes. Parece que los de acá no le proporcionan las sensaciones que ella busca.

Ingrid.- Debe ser una situación.....

Néstor.- No le sale la palabra. Pues es muy fácil. Frustrante, humillante y absolutamente deplorable. Tanto como la historia de mi vida.

Ingrid.- Eso si se está pareciendo a un tango.

Néstor.- *(Canturrea) Esta noche amiga mía*

El alcohol nos ha embriagado

Que me importan que se rían

Y nos llamen los mareados

Cada cual tiene sus penas

Y nosotros las tenemos

Esta noche beberemos

Porque ya no volveremos a vernos más

Ingrid.- Me parece que se equivoca. Yo sólo bebo zumos naturales.

Néstor.- Mal hecho, se morirá igual. Conozco casos de cirróticos que no han probado el alcohol en su vida. Otra ironía.

Ingrid.- Yo no soy militante, simplemente no me gusta el sabor. Quizás de vez en cuando un buen vino....Creo que en su país los tienen. Espero que aún me quede tiempo para conocer su Patagonia.

Néstor.- La invito. Podemos ir a navegar por los glaciares. No se arrepentirá. Luego la llevaré a Mendoza. Se hartará de buen vino.

Ingrid.- ¿Tanto tiempo tiene disponible?

Néstor.- El tiempo es una medida muy relativa. Mirá allá, al horizonte. Todo está muy calmado, pero quién nos dice que mañana o pasado no nos llega una tormenta tropical. Si es muy fuerte estás cabañas se inundarán. A todas esta marabunta extranjera se les habrá jodido sus vacaciones, pero esta gente de acá tardarán mucho tiempo en

reponerse del percance. ¿A quién le importará? La mala conciencia occidental es muy efímera.

Ingrid.- No parece que en el horizonte se atisben esas tormentas.

Néstor.- Recuerde lo que antes les dije sobre las calamidades. Demasiadas barbaridades se están cometiendo contra la naturaleza. Tarde o temprano esta acaba vengándose.

Ingrid.- Me recuerda usted a esos agoreros de las películas truculentas.

Néstor.- Puede que ya tenga la curda encima y eso me desata la lengua.

Ingrid.- ¿No sería mejor que volviera a su bungalow?

Néstor.- No puedo. Mi rubia está cogiendo con un malayo y me ha prohibido aparecer hasta que no le acaben el servicio. ¿Si vos me invitás al tuyo?

Ingrid.- Ya le he dicho que tengo otros planes. Bastantes moscones tengo que apartar en mi oficina como para seguir teniendo que apartarlos aquí.

Néstor.- Te equivocaste de bichito, yo soy una cucaracha.

Ingrid.- Ha bebido demasiado.

Néstor.- Es que me gusta demasiado Malcolm Lowry.

Ingrid.- No lo conozco.

Néstor.- Te regalaré “Bajo el volcán”.

Ingrid.- Gracias. Ahora le dejo, voy un rato a la playa y luego a hacer el equipaje. Mañana voy de excursión a las montañas.

Néstor.- En ese caso, pediré otro trago. ¡A la salud de la American Express de la danesa! Ciao, bella.

Ingrid.- Adiós, señor....

Néstor.- Podés llamarme Borges.

Ingrid.- Adiós, señor Borges.

(En el piano del fondo se oye el tema “My funny Valentine”. Ingrid se va hacia el espacio de la piscina. Se echa en una típica tumbona rodeada de

palmeras. Lleva un bikini discreto, gafas de sol y un típico sombrero de la zona. Aparece un hombre pequeñito, claramente es un habitante de la zona. Un guía llamado TAO)

Tao.- Buenas tardes, señorita.

Ingrid.- Ya casi es de noche. Me he quedado adormilada.

Tao .- Vengo para recordarle que mañana pasaremos temprano para hacer la excursión que ha contratado.

Ingrid.- No se preocupe, estaré preparada. ¿Somos muchos?

Tao .- Parece que no. La gente quiere disfrutar sobre todo del mar y la playa. Al fin y al cabo, montañas hay en muchos otros lugares.

Ingrid.- Pero seguro que no son tan bellas como estas.

Tao.- La belleza es algo muy subjetivo. Se lleva de un modo sutil en cada uno de nosotros. He conocido personas que ven belleza en algo que a mí me parece horrible. Y, por supuesto, al contrario.

Ingrid.- Pero parece que hay paisajes o las llamadas obras de Arte que tienen bastante consenso como algo bello.

Tao.- No se equivoque, señorita, muchas de esas obras de Arte son puros productos de un mercado que se ha dejado influir por unos medios de comunicación. En Oriente no sentimos sus creaciones artísticas con la misma emoción que las nuestras y, por supuesto, lo mismo ocurre al revés. Miradas diferentes, sensaciones distintas.

Ingrid.- Es usted un sabio, Tao.

Tao .- Simplemente un hombre curioso.

Ingrid.- ¿Le gustaría vivir de otra manera?

Tao .- Probablemente. Pero por aquí todos nos hemos acostumbrado a este tipo de vida.

Ingrid.- ¿No sienten una sensación de estar invadidos?

Tao .- Siempre lo hemos estado. Y quizás, la peor invasión es la de nuestros propios gobernantes. Con la boca pequeña le digo, demasiada corrupción.

Ingrid.- Según pasan los días me lleno de sensaciones contradictorias. ¡Tanto tiempo soñando con estar aquí! ¡Tantos esfuerzos por ahorrar durante algunos años para comprar este paquete de vacaciones! ¡La envidia de mis amigas del trabajo!. Pero ahora pasan los días y no dejo de preguntarme cosas. ¿Sólo se puede vivir en estas tierras del turismo? ¿Es preciso aguantar a tantos tipos merodeando con esas miradas viscosas hacía las mujeres que se les cruzan? ¿Cuántos dólares o euros les quedan a los auténticos trabajadores de estos hoteles después de lo mucho que aquí nos dejamos los pobladores del Primer Mundo?. Es todo bastante obsceno....

Tao .- Señorita, no se amargue sus vacaciones. Todo es un dilema, si ustedes no vinieran aquí a pasarlo bien, tumbados en las hamacas, comiendo y bebiendo sin parar, navegando en yates que podrían solucionar la vida a miles de familias indonesias, acostándose sin escrúpulos con niñas o mujeres que quizás ya nunca sepan hacer otra cosa, puede que incluso viviéramos mucho peor.

Ingrid.- Realmente cruel.

Tao .- Realmente real.

Ingrid.- Al menos pueden gozar de un buen clima.

Tao .- También en eso la naturaleza es caprichosa con nosotros. Ha tenido suerte hasta el momento. Aún no ha visto una auténtica tormenta tropical. Nada que ver con su Europa. Aquí se abre el cielo. Todo es excesivo. La gente mira al cielo y reza para no perder las cuatro cosas que poseen. Luego vuelve el sol y todos volvemos a pensar que hemos superado otra prueba que nos mandan los dioses. Aunque

estos no se parezcan en nada a los que nos pintan en las distintas religiones.

Ingrid.- Me va a resultar difícil volver a mi casa.

Tao .- Muchos extranjeros se enamoran de estos parajes. Algunos se han quedado para siempre. Unos viviendo en el lujo de los grandes hoteles, otros ayudando en las pequeñas aldeas. Siempre ante los senderos que se bifurcan hay que tomar uno de ellos. Es la ley de la elección.

Ingrid.- Yo hasta ahora creía que todo mi camino estaba trazado. Las pequeñas tragedias cotidianas no son más que una parte de aquello que parece imposible que podamos transformar. Lloramos y reímos por cuestiones que estoy segura aquí no significarían nada. Sólo la muerte puede igualarnos en nuestras inquietudes.

Tao .-Ni siquiera la muerte. Para muchos de los habitantes de estas tierras vivir un día más es lo que en su religión creo que se llama “milagro”.

Ingrid.- ¿Cree que por que soy blanca y europea tengo una religión definida?

Tao .-No, no se lo tome a mal. Normalmente todos tenemos un prejuicio desde la piel del otro para atribuirle creencias políticas o religiosas que puede que no tengan nada que ver con su realidad.

Ingrid.- Los que me enseñaron religión en mi infancia lograron llenarme de miedos, pero no de esperanzas. Por eso puede decirse que soy bastante descreída.

Tao .-Siempre hay que creer en algo. La nada es un absoluto demasiado retórico.

Ingrid.- Tal vez ha llegado el momento de encontrar mi camino hacia alguna espiritualidad.

Tao .- Esté atenta, esté despierta. Puede que lo encuentre en el rincón más inesperado.

Ingrid.- ¿A qué hora saldremos hacia las montañas?

Tao.- Temprano. Después del desayuno.

Ingrid.- Entonces, hasta mañana.

Tao .- Hasta mañana, señorita.

(Ingrid abandona este espacio y Tao se queda como en un estado de meditación)

Tao.- El espíritu del sabio está dominado por una idea única y fija, no intervenir, dejar actuar la naturaleza y el tiempo. Aquellos que conocen la naturaleza no intentan expresarla con palabras; los que lo intentan, muestran con ello que no la conocen. La naturaleza no se modifica, el destino no cambia, el tiempo no puede ser detenido, la evolución no puede ser obstruida. Dejad que las cosas sigan su curso natural y triunfaréis. Id en contra y fracasaréis.

(Volvemos al bar del hotel. Ahora Ingrid está sola tomando una gran copa de algún jugo de frutas exóticas. El piano deja de sonar y vemos aparecer al pianista. Un europeo con el típico traje de gala que usan los pianistas de hotel en cualquier parte del mundo)

Peter.- ¿Puedo invitarle a otra copa?

Ingrid.- Tendrá que ser a otro zumo.

Peter .- ¿Abstemia?

Ingrid.- Podría decirse que nunca me ha hecho demasiado bien el alcohol.

Peter.- Todo lo contrario que a mí. Sin esa gasolina difícilmente podría soportar este tedio.

Ingrid.- Pero usted toca muy bien el piano.

Peter.- En un concurso entre pianistas de hoteles del sudeste asiático quede en el puesto veintisiete. Todo un éxito.

Ingrid.- Depende de cuantos se presentaran.

Peter.- Cuarenta y dos.

Ingrid.- Lo ve. Otros quedaron por detrás de usted.

Peter.- Sí, creo que a la mayoría de ellos se los llevaron a África. Puede decirse que soy un privilegiado.

Ingrid.- ¿Por qué no vuelve a Europa?

Peter .- Me daría vergüenza mirar a mis compañeros a la cara. La mayoría tocan en orquestas prestigiosas. Pueden acariciar las teclas y entregarse a las partituras de Mozart, Brahms, Mahler¿Se imagina a esas malas bestias de aquella mesa oyendo esas músicas? Estos malditos grupos de alemanes, españoles, japoneses, yanquis, suecos, argentinos, polacos o de cualquier otro país que acaban siempre pidiéndote los temas “populares” de su querida patria. ¡Un horror!

Ingrid.- Algunos de sus temas me han gustado mucho.

Peter .- De vez en cuando, cuando esto está casi vacío puedo meter algún gol.

Ingrid.- ¿Algún gol?

Peter .- ¿No le gusta el fútbol?

Ingrid.-Lo detesto, pero no se preocupe de casi nada hago bandera. Simplemente me resulta difícil entender la fascinación de tanta gente ante unos jugadores cuyo único objetivo es meter un balón en una red.

Peter .- Se equivoca, la cosa tiene más sustancia. Incluso hay que pensar en tácticas y estrategias, pero al final hace bien en dejarse llevar por el instinto, si una cosa no te gusta, hay que rechazarla. Aunque aquí tendrá que tener cuidado para no ver cualquiera de los cien canales de televisión que retransmiten los partidos de las Ligas europeas, americanas, japonesas, africanas o asiáticas. Así estará totalmente inmunizada. Aunque es curioso, para muchos niños su gran

ilusión sería tener una camiseta de esos seres virtuales que sólo pueden ver en una pantalla. Los chicos de por aquí lo más cercano a un balón que conocen es un coco o una pelota hecha con trapos.

Ingrid.- Mejor así.

Peter.- No crea, matarían por unas Nike o por una camiseta de esos personajes a los que idolatran. Las imágenes les corroen el cerebro y todos sueñan con ser Beckhan o Ronaldinho.

Ingrid.- Deben ser gente importante.

Peter .- Es usted un bicho raro. ¿Lleva mucho por aquí?

Ingrid.- Una semana.

Peter.- Y en su país ¿no ve la televisión?

Ingrid.- Poco. Lo suficiente para estar al día de los sucesos más importantes. No creo que el fútbol esté entre ellos.

Peter .- Depende de para quién. Yo no podría estar una semana si saber que ha hecho el Arsenal en la Liga inglesa.

Ingrid.- ¿Inglés?

Peter.- Londinense.

Ingrid.- Toda una categoría.

Peter.- Casi tanto como para un argentino ser porteño.

Ingrid.- Tampoco entiendo.

Peter.- De Buenos Aires. Estuvo hablando con ese argentino que no para de cantar tangos cada vez que bebe un poco. Es en lo único que nos comunicamos con fluidez. Pero el tango no es mi fuerte y me siento ridículo tocando esa música.

Ingrid.- A mí me produce melancolía.

Peter .- A mí, angustia.

Ingrid.- ¿Lleva mucho tiempo aquí?

Peter.- He perdido la cuenta. Además, para mí todos los salones y las habitaciones de un hotel son iguales. Da lo mismo que haya estado en

Dubai, Tokio, Hong Kong, Rabat, El Cairo o Manila. Siempre es la misma cadena hotelera que reproduce como clones los espacios para la tragedia. Perdón, para mi tragedia. Para los demás estos lugares son paradisíacos. A mi me resultaría lo mismo estar tocando en Alcatraz.

Ingrid.- No derrocha optimismo.

Peter .- Imagínese que me siento como esas moscas que quedan atrapadas en una tela de araña.

Ingrid.- Debería sentirse más orgulloso de su arte. A mí siempre me hubiera gustado poder tocar un instrumento, pero siempre he sido negada para la música.

Peter.- Otras artes tendrá.

Ingrid.- La mecanografía.

Peter .- Buen comienzo para desentumecer los dedos.

Ingrid.- ¿No sale nunca del hotel?

Peter .- Nunca. No quiero conocer nada de lo que haya ahí fuera. Selva, vegetación, un mar engañoso y traidor, un cielo que se abre en cada momento y descarga su furia, un sol que seguro no para de causar cáncer de piel a las rubicundas vikingas y toda clase de mosquitos que se ceban en mi sangre que debe ser eminentemente dulce. Nada mejor que estar a cubierto en la placidez de un estúpido aire acondicionado.

Ingrid.- No sería usted un buen reclamo para turistas.

Peter.- Hago mi trabajo y eso debería bastar para quitarme cualquier tipo de mala conciencia.

(Aparece la Otra Mujer, a la que ya conocemos de una escena anterior)

Otra mujer.- Hola querido, recuerde que esta noche me debe una canción.

Peter.- Nunca olvido lo que prometo.

Otra mujer.- Veo que está en excelente compañía.

Peter .- Una sencilla charla informal.

Otra mujer.- Recuerde que soy muy celosa.

Peter .- Recuérdesele a su marido.

Otra mujer.- A ese imbécil se le olvida todo con gran facilidad.

Peter .- No quisiera tener que batirme en duelo.

Otra mujer.- Me encantaría. Un hombre muerto a mis pies por un amor apasionado.

Peter .- O por una cuenta bancaria.

Otra mujer.- No sea cínico. Parece que en este hotel abunda ese género. Piense que algún otro valor podría tener esa mujer.

Peter .- El amor es algo muy volátil.

Otra mujer.- No parece usted un artista.

Peter .- Eso mismo le decía hace un momento a.....(*Mira a Ingrid que se da cuenta de que no sabe su nombre*)

Ingrid.- Ingrid.

Peter .- A Ingrid. Mis padres tuvieron una mala idea cuando me apuntaron a aquellas tediosas clases de piano del profesor Borodin, un horrible ruso blanco que aterrizó en nuestro pueblo haciéndose pasar por músico del último Zar. Una idiotez que nadie se creía, salvo mis padres, terribles reaccionarios que vieron al mandarme a sus clases la oportunidad de apartarme de mis vicios privados de toda índole. Como pianista, un mediocre, como conservador, un desastre.

Otra mujer.- ¿Es que puede haber otra vida que no sea conservadora?

Peter .- Ustedes, los yanquis, tienen otras ideas sobre la vida. Demasiado petróleo en sus cabezas.

Otra mujer.- ¡Qué divertido es mi querido pianista! ¿Cómo no voy a acabar locamente enamorada de su música?

Peter .- Puede que escuchando la letra. No se obstine y no haga esfuerzos en vano. Hace tiempo que dejé la caza.

Otra mujer.- ¿Y la pesca?

Peter .- El mar me marea. Pero creo que voy a dejar tan interesante conversación. Mi piano me reclama.

Otra mujer.- No olvide mi tema.

Peter .- “Piel canela”. Un bolero detestable.

Otra mujer.- (*A Ingrid*).- Lo oí por primera vez en Acapulco. A las veinticuatro horas me estaba casando con aquel mexicano que me lo susurró al oído.

Ingrid .- No tengo mucha experiencia con los hombres.

Pianista.- Es una mujer extraordinaria: no bebe, no fuma, no le gusta el fútbol, pasa de los hombres.....

Otra mujer.- Hace mal. Son un pasatiempo muy entretenido.

Ingrid.- No lo había pensado. Para usted son algo así como un crucigrama.

Otra mujer.- A las europeas os gusta demasiado pensar. Seguro que tú eres de alguno de esos países en que un terrible director de cine sueco nos aburría terriblemente con sus películas cuando mis padres me mandaron a la Universidad.

Ingrid.- ¿Conoce Europa?

Otra mujer.- Conozco todo el mundo, por eso te puedo decir que nada me gusta más como mi rancho de Houston.

Ingrid.- No todos podemos contar con los privilegios de la comparación.

Otra mujer.- Ciertamente, para comparar hace falta mucho dinero.

Ingrid .- Y usted, lo tiene.

Otra mujer.- Siempre me sobró. Además si te divorcias con sentido común varias veces, verás incrementada tu fortuna. Armas de mujer. ¿Quieres una copa?

Ingrid.- Parece que hoy todo el mundo quiere que cambie de gustos. No, gracias, me voy ya a dormir, mañana salgo muy temprano de excursión.

Otra mujer.- ¡Qué manía tenéis los jóvenes con el movimiento! Yo, mañana no pienso moverme en todo el día de la tumbona al lado del mar. Un buen masaje a cuatro manos y unos cuantos martinis. ¿No te apetece cambiar el plan?

Ingrid.- Se lo agradezco, pero quiero conocer mundo.

Otra mujer.- Loable intento, quizás a tu edad yo pensaba lo mismo. Te dejo, voy a ver debajo de que falda se ha metido el inútil de mi marido.

(Escuchamos al piano una versión desangelada de “Piel canela”)

(Ingrid deambula por el escenario como sonámbula. Desparecen las imágenes del Hotel turístico para, poco a poco, aparecer el espacio GRIS de la primera parte. Mientras oímos en una voz en off, habitual de cualquier noticiero televisivo)

VOZ EN OFF.- “Un tsunami, o maremoto, tiene su origen en un fuerte terremoto con epicentro bajo el mar. Su nombre viene del japonés, y sería “gran ola en el puerto”. El ocurrido el 26 de diciembre ha sido de grado 9 en la escala de Richter, y ha sido uno de los más brutales que se han registrado en la Historia. El terremoto de Sumatra se ha convertido en el cuarto más fuerte del mundo desde 1900. Se puede afirmar que la mayor parte de las más de 150.000 víctimas no murió como consecuencia directa del seísmo, sino del tsunami que éste provocó. Y de la imprevisión de los Gobiernos de la zona”).

(Ingrid otra vez en el espacio GRIS)

Ingrid.- *(Grita.-* ¡Tao, Tao! ¡No te muevas de aquí, no bajas, el agua es como un torrente! *(Silencio)* Se llevó todo a su paso. Ya no se veía la playa, ni a la madre que gritaba a su familia, ni las tumbonas y sombrillas que llenaban el paisaje el día anterior. Luego las aguas

retrocedían tanto que muchos se preguntaban si era por causa de la luna llena. Otro decía: “En un momento, el mar estaba a nuestros pies, y en el momento siguiente había retrocedido medio kilómetro. Los peces saltaban sobre la arena”. Tao desapareció de mi vista. Luego, el golpe en la cabeza, la oscuridad y el silencio. Ahora, esta habitación gris y ese hombre que aparecerá en un momento para preguntarme cosas que ya no puedo recordar. O que ya no quiero recordar.

(Entra el Hombre de la primera escena, pero esta vez le acompañan otros dos que visten igual que él, con sus correspondientes trajes oscuros. Sin embargo descubrimos que son los que hacía de Néstor y Otro Hombre en el Hotel, aunque ahora su actitud es muy diferente a la mantenida en esa escena)

Hombre.- ¿Se encuentra mejor?

Ingrid.- No.

Hombre.- Aún es pronto.

Ingrid.- *(A los otros dos hombres)*. ¿También ustedes se salvaron?

Otro Hombre.- ¿Cómo dice?

Ingrid.- Ustedes estaban conmigo en el hotel. No les vi esa mañana.

Néstor.- ¿No nos vio?

Ingrid.- No. Sólo estaba Tao a mi lado y turistas de otros hoteles que venían a la excursión. El pequeño autobús nos aguardaba en la puerta.

Otro Hombre.- Nos está confundiendo con otras personas, pero puede que eso nos ayude a reconstruir el rompecabezas.

Ingrid.- *(A Néstor)*.- ¿Usted es argentino?

Néstor.- Correcto.

Ingrid.- Usted nos hablaba el día anterior de calamidades que no están producidas sólo por la naturaleza, sino también por factores humanos. Alguien lo había escrito.

Néstor.- Vos me habláis de un libro.

Ingrid.- Ustedes dos tuvieron una discusión sobre ese libro.

Otro Hombre.- Eso me recuerda el debate entre Rousseau y Voltaire a propósito del gran tsunami de Lisboa en 1775.

Néstor.- Precisamente esos escritos sobre su debate resultan hoy sumamente interesantes. Mirá, quiero que escuchés una parte de esos textos.

Ingrid.- No estoy para escuchar cuentos.

Otro hombre.- Quizás le sirva para poner en orden nuevas ideas.

Néstor.- Lo vivido por vos ya ha ocurrido en otras épocas. Mirá lo que escribió Voltaire sobre el desastre lisboeta del siglo XVIII:

“Filósofos engañados que gritan: “Todo está bien”,

Vengan y contemplen estas ruinas espantosas!

Esos restos, esos despojos, esas cenizas desdichadas,

Esas mujeres, esos niños, uno sobre otro, apilados,

Debajo de esos mármoles rotos, esos miembros diseminados;

Cien mil desventurados que la tierra traga

Ensangrentados, desgarrados, y todavía palpitantes,

Enterrados bajo sus techos, sin ayuda, terminan

En el horror de los tormentos sus lamentosos días.

**¿Dirán ustedes: “Es el efecto de las leyes eternas
que, de un Dios libre y bueno, necesitan la decisión?”**

¿Dirán ustedes, al ver ese montón de víctimas:

Se ha vengado Dios; su muerte paga sus crímenes?

**¿Qué crimen, qué culpa cometieron esos niños,
sobre el seno materno aplastados y sangrientos?**

¿Tuvo Lisboa, que ya no es, más vicios

que Londres, que París, en los deleites hundidas?

Lisboa queda hundida, y en Paris se baila.

Ustedes espectadores tranquilos, espíritus intrépidos

Contemplando....

Ingrid.- (*Interrumpe bruscamente*).- ¡Basta! No quiero escuchar más.

Otro Hombre.- Tiene que enfrentarse a la realidad para poder curarse.

Ingrid.- La realidad ya ha sido muy dura para que vengan a recreármela con historias del pasado.

Néstor.- Entonces ¿reconocés en esas imágenes las vividas por vos?

Ingrid.- Igual de espantosas, igual de terribles.

Hombre.- Puede que este sistema no sea el más apropiado para ayudar a esta mujer.

Néstor.- La angustia es un efecto del sujeto. Ubicarla también en función de la estructura, la del sujeto definido como el sujeto que habla, que se funda, que se determina en un efecto de significante.

Otro Hombre.- Deje a Lacan por un momento y seamos más directos.

Por favor, señorita ¿Puede contestarme a un sencillo cuestionario?

Ingrid.- Por lo que se ve soy como una especie de prisionera. No tengo demasiadas opciones.

Hombre.- Debe alejar de su mente ese pensamiento. Estamos aquí para ayudarla.

Ingrid.- ¿Y para qué quiero ahora recordar lo que pasó antes de ir a Sumatra? Para mí no tiene sentido. Ya no existe ese pasado.

Otro Hombre.- Precisamente si encontramos el sentido usted podrá liberarse.

Ingrid.- ¿De qué? ¿De quién?

Néstor.- De sus fantasmas del presente.

Ingrid.- ¿Sustituirlos por fantasmas del pasado?

Otro Hombre.- Un cierto orden le será muy útil.

Ingrid.- No lo creo.

Otro Hombre.- Intentémoslo. ¿Siente un estado de ánimo triste o vacío de forma persistente?

Ingrid.- Sí.

Otro Hombre.- ¿Tiene sentimientos de desesperanza y pesimismo?

Ingrid.- Sí.

Otro Hombre.- ¿Sentimientos de culpa, inutilidad y desamparo?

Ingrid.- Sí.

Otro Hombre.- ¿Fatiga, agotamiento?

Ingrid.- Sí.

Otro Hombre.- ¿Dificultad para concentrarse?

Ingrid.- Déjese ya de preguntas. ¿Es usted idiota? ¿No piensa que cualquiera en mi situación tendría esos síntomas de depresión?

Néstor.- ¿Estudió psicología?

Ingrid.- No lo creo. Ya les he dicho que mis últimas imágenes antes del viaje me remiten a una oficina y a un grupo de secretarias despidiéndome con envidia.

Otro Hombre.- Pero eso no significa que usted fuera secretaria. De hecho un viaje a Sumatra no está al alcance de cualquiera.

Ingrid.- Me parece que aquello estaba lleno de secretarias y empleados normales de cualquier empresa europea. Una semana está al alcance de cualquiera que trabaje en el Primer Mundo.

Otro Hombre.- Pero ¿Y si usted fuera otra de la que cree que pudo ser?

Ingrid.-Pero ahora ya no me importa. Todo lo que he visto me ha bastado para perder el interés por el pasado. ¿Para qué nos sirve el pasado?

Néstor.- Vos debés encontrar el equilibrio.

Ingrid.- A la mierda el equilibrio. ¿Ha visto morir a alguien sepultado por el fango? ¿Y la desolación de los momentos siguientes a la gran ola? ¿Por qué no se va a socorrer a los que se han quedado allí sin nada, en vez de perder el tiempo intentando que yo recupere la

memoria de mi vida anterior? Seguramente seré para ustedes un caso clínico interesante, pero para mí sus disquisiciones no tienen ningún sentido.

Otro Hombre.-Tenemos obligaciones.

Ingrid .- No sé dónde estoy, pero quiero volver allí.

Hombre.- No está en condiciones.

Ingrid.- ¿Y sí lo estoy para contestar a sus estupideces?

Hombre.- Alguien se ha interesado por usted. Nos ha dado su descripción bastante certera y en pocos momentos va a poder estar con ellos.

Ingrid.- ¿Con quién?

Hombre.- Nos han dicho que son sus tíos. Parece que su familia más cercana.

Ingrid.- Absurdo.

Néstor.-¿Por qué absurdo?

Ingrid.- No me acuerdo de nadie cercano.

Otro Hombre.- Recuerde que no se acuerda de nada anterior a su viaje a Sumatra. La lógica nos dicta que tendrá que tener una familia. Pusimos en todos los medios de comunicación las fotos de nuestros compatriotas sobrevivientes para tranquilizar los ánimos de su familia. Lo cierto es que su caso ha sido el último que ha obtenido una respuesta.

Ingrid.- No quiero verlos.

Hombre.- No podemos aceptar su negativa.

Ingrid .- ¿Cuándo podré salir de aquí?

Hombre.- Eso dependerá de usted.

Ingrid.- ¿Influirá en algo mi voluntad?

Otro Hombre.- Su voluntad de curarse.

Ingrid.- Yo no estoy enferma, sólo tengo unas cuantas contusiones.

Néstor.- Las lesiones físicas no revisten importancia.

Ingrid.- ¿Volvemos a la depresión?

Otro Hombre.- La primera premisa de una persona deprimida es negar su existencia.

Ingrid.- No puedo entender como personas a las que les supongo un alto grado de inteligencia pueden decir semejantes obviedades. ¿Cómo no voy a estar deprimida después de haber visto aquella tragedia?

Hombre.- Por eso, debe encontrar el camino para borrar esas imágenes a través de encontrar aquellas que en otro tiempo le hicieron ser feliz.

Ingrid.- Otra estupidez, la felicidad. Ya nunca podré creer en ella.

Néstor.-Llamalo, entonces, sosiego.

Ingrid.- O ceguera ante la realidad.

Otro Hombre.- Su estado emocional es altamente sensible por los sucesos vividos, pero debe estar contenta por un hecho fundamental: ha sobrevivido.

Ingrid.- ¿Y eso le parece un motivo para ser feliz?

Otro Hombre.- No soy un filósofo.

Ingrid .- ¿Y qué es usted?

Otro Hombre.- Alguien que quiere ayudarle.

Hombre.- Como todos aquí, por eso ahora vamos a dejarla a solas con sus familiares para que intente recomponer esas piezas que tanto pueden ayudarle en su recuperación.

(Salen los tres hombres. Después de un silencio en el que Ingrid se queda con la mirada perdida, aparecen en escena los actores que en el Hotel representaban al pianista y Otra mujer).

Otra mujer.- ¡Ingrid, querida!

Ingrid .- ¿Cómo sabe mi nombre?

Otra mujer.- ¿No nos reconoces?

Ingrid .- No.....o más bien, sí....Usted tocaba el piano en el Hotel de Sumatra.

Pianista.- Nunca he estado en Sumatra y siempre he sido un desastre para la música.

Otra mujer.- Tus padres siempre se reían de nosotros cuando queríamos cantar en las fiestas de cumpleaños.

Ingrid .- ¿Y dónde están mis padres?

Pianista.- Hace tiempo que nos dejaron.

Ingrid.- ¿Se fueron?

Otra mujer.- Ya sabemos en que situación te encuentras. Sería mejor que ciertos temas no te perturbaran. Aquello fue una desgracia, pero tú, por suerte, te salvaste.

Ingrid.- Demasiadas coincidencias con la suerte.

Pianista.- Se puede decir que te acompaña la fortuna.

Ingrid.- Irónico.

Pianista.- ¿Qué?

Ingrid.- Que resulta irónico que se llame suerte a este estado de cosas. Una burbuja en el cerebro. Unas imágenes espantosas de un desastre reciente, magulladuras, pérdida de identidad....Realmente soy una persona afortunada.

Otra mujer.- Más de lo que te puede parecer. Hemos venido para llevarte a casa.

Ingrid.- No quiero ir a ninguna casa. Quiero volver a Sumatra.

Otra mujer.- No digas insensateces. Allí todo es un caos.

Ingrid .- Lo más adecuado para mí.

Pianista.- No lo permitiremos. Nosotros cuidaremos de ti.

Ingrid.- ¿Y por qué tengo que aceptar que ustedes forman parte de mi pasado?

Otra mujer.- Somos tu única familia.

Ingrid.- No les reconozco.

Otra mujer.- Quizás te dejamos independizarte muy pronto, pero ahora tenemos el deber de cuidar de ti.

Ingrid.- Todo el mundo quiere cuidarme. ¿Ocurría lo mismo antes?

Pianista.- Si lo que exiges es una disculpa, estamos dispuestos a humillarnos.

Ingrid.- No quiero saber nada, no me preocupa saber si ustedes forman parte o no de mi vida. Ahora usted es para mí, sólo un cínico pianista que recorre los hoteles de los complejos turísticos, aceptando tocar un repertorio de canciones espantosas para gente aburrida soñando que está en un paraíso antes de volver a sus horizontes de cemento. Y usted, una extravagante millonaria, coleccionista de maridos y de amantes ocasionales, pensando que el dinero puede comprarlo todo. Es curioso que también se salvaran de la gran ola. Seguro que mucha gente de aquellas miserables tierras han perecido o lo han perdido todo. Ahora sólo esperarán las miserias que sus gobiernos filtren de los cuantiosos donativos que gobiernos, instituciones y personas aporten para lavar su mala conciencia. No pensarán en el futuro, sólo en que soltando unos pocos euros o dólares el dolor de aquella gente se aliviará. No sé si antes de estar allí yo era tan canalla o simplemente una idiota, pero ahora no quiero formar parte de esa farsa. Se acabó mi vida anterior, si tengo otra quiero vivirla distinta.

Pianista.- El desastre te ha perturbado demasiado. La otra vez eras demasiado pequeña para tener noción de lo que pasó, pero ahora eres ya una mujer adulta. Quizás convenga que descanses unos días más y luego vuelvas con nosotros.

Ingrid.- Enséñenme una foto en la que estemos juntos.

Otra mujer.- Están en casa.

Ingrid.- ¿Qué comida era mi preferida?

(Silencio. Dudan)

Otra mujer.- La pasta.

Ingrid.- ¿Y qué libros leía?

Pianista.- Los propios de una chica de tu edad.

Ingrid.- ¿Y mi canción favorita?

(Silencio)

Otra mujer.- Esos son detalles superfluos.

Ingrid.- Esos son los detalles que marcan una vida.

Pianista.- Verás como a partir de tu vuelta todo será distinto.

Ingrid.- ¿Y eso puede producirme alguna satisfacción?

Otra mujer.- Haremos todo lo posible para que así sea.

Ingrid .- No creo que sea suficiente.

Pianista .- Siempre fuiste muy obstinada.

Ingrid.- Tal vez se estén equivocando de persona.

Pianista.- Eres nuestra sobrina.

Ingrid .- *(Repentinamente, grita)*.- ¡Basta ya! Estoy harta de decirlo
¡No quiero tener pasado!

(Al oír el grito entran los tres hombres)

Hombre.- Creo que ya es suficiente por hoy. Será mejor que salgan
ahora. Nosotros nos ocuparemos de todo.

Pianista.- ¿Cuándo podremos llevarla a casa?

Otro Hombre.- No tenemos aún certeza.

Ingrid.- Escuchen. Esta gente no es mi familia. No les reconozco.

Néstor.- ¿Qué decís?

Ingrid.- Yo nací el día de maremoto. Si viví antes ya no importa.
¿Qué edad tengo? Pocas horas, pocos días.....Mi familia estará ahora
en TAPAKTUAN, en KUTAKANE, en MEULABOH o en SIGLI. Allí
es donde me tienen que llevar, no soporto más este infierno gris.

Hombre.- Está usted muy alterada. Vamos a dejarla sola. Tendrá que tener paciencia, mucha paciencia. Las piezas del rompecabezas irán acoplándose de nuevo y pronto volverá a ser la mujer que fue.

Ingrid.- *(Gritando).* ¡Váyanse a tomar por culo!

(Todos salen del espacio. Ingrid se queda sola. Un largo silencio. De pronto oímos una música tradicional de Sumatra. Ingrid se levanta y va a un primer término donde una luz cenital, casi deslumbrante, baña su cuerpo. En otro espacio similar y paralelo a ella aparece Tao)

Tao.- Señorita, es hora de salir para la excursión. Será una jornada excitante. Ante sus ojos toda la belleza de unas tierras de ensueño. Hoy vamos a visitar el Parque Nacional de de Gungung Leuser, donde podremos admirar la deslumbrante flora y fauna de Banda Aceh. Veremos primates, pájaros de variadas especies, insectos fabulosos y otras especies de animales. Luego iremos al Lago Toba-Parapat, en el corazón del campo de Batak. Es el lago más grande del Sudeste de Asia, con una superficie de cerca de 1145 kilómetros cuadrados, y es también uno de los más profundos del mundo. El pueblo de Parapat es el punto turístico principal. Un lugar ideal para relajarse oyendo las famosas canciones de amor de los habitantes del poblado. Su desbordante belleza ya fue admirada en el pasado por el gran viajero veneciano, Marco Polo.

Ingrid.- *(En un tono que recuerda una lección aprendida en la escuela)*

Marco Polo, nacido en la isla Ucraniana de Kórkula, dependiente de la República de Venecia en 1254. Empezó largos viajes y escribió “El libro de las maravillas del mundo”. El libro refleja las vivencias del ilustre veneciano en busca de la legendaria Catay. A través de sus páginas nos describe reinos legendarios, costumbres inauditas, seda, especies y piedras preciosas, pueblan con un esplendor de tesoro

oriental una narración en la que cualquier descripción adquiere tonos míticos.

Tao.- Por desgracia, aquellos fueron otros tiempos. Hoy la magia se ha esfumado y los tesoros se los han llevado otros. Sólo nos queda el paisaje.

Ingrid.- *(Se escucha el ruido de una gran ola)* Tao, ¿escuchas ese ruido?

Tao.- La gran ola.

Ingrid.- ¿Una tormenta?

Tao.- Algo peor. Los dioses nos perdonen.

Ingrid.- ¿Qué dices?

Tao.- ¡Corra, váyase! Suba a lo más alto que pueda, señorita.

Ingrid.-¿Por qué?

Tao.- Se ha desatado la furia. ¡Váyase, rápido!

Ingrid.- Tao, no me dejes sola.

Tao.- Pronto me reuniré con usted. Ahora tengo algo que hacer.

Ingrid.- No, no te vayas.

(El ruido se hace más estridente y el espacio de luz de Tao, desaparece quedando sólo el de Ingrid. En ese espacio gris ella saca un cuadernito. Lee mecánicamente al principio. Luego, las lágrimas)

Ingrid.- Marco Polo entró a formar parte del cuerpo diplomático de Kublai Jan y permaneció en China hasta el año 1292, cuando partió como escolta de una princesa china en un viaje por mar hasta Irán. A este país llegaron a través de Sumatra, al sur de la India, el océano Índico y el golfo Pérsico.

Tao, ¿por qué te fuiste? ¿A quién querías salvar?

El grito de la madre sueca.

Una noche sentada mientras la tierra temblaba bajo mis pies.

Lluvia y más lluvia sobre la tierra devastada.

El barro espeso y pegajoso.

Una agitación violenta de las olas marinas.

6:58:50 hora local.

Vino una ola gigante y luego el agua se retiró de la costa y los peces saltaban sobre la arena.

Te busqué entre aquellos cuerpos.

Recordaba tus palabras.

Pero antes, gritos y más gritos.

Y, sin embargo, ahora el silencio.

(OSCURO)